

HOY HABLAMOS DE CRITERIOS PARA LA PARTICIPACION Y SELECCION OLIMPICA

Con el tema de los próximos Juegos Olímpicos como objeto de diálogo y dentro del ciclo de «Conversaciones sobre Medicina y Deporte», se celebró en la Sala de Conferencias del I.N.E.F. una reunión más de los ya habituales coloquios que el Centro de Investigación Médico-Deportiva viene organizando desde hace algunos años. La mesa estaba integrada por los señores EDUARDO DUALDE (ex-jugador de hockey), JAN FREESE (ex-entrenador de natación), SANTIAGO GARCIA (periodista), FERNANDO RIBA (directivo) y JOSE A. MERINO (médico), actuando como moderador el doctor JESUS GALILEA (Director del I.N.E.F.)

En torno a la mesa la ya numerosa familia de «Conversadores», mereciendo especial relieve —como muestra positiva de las intenciones que desde un principio animaron a los organizadores de estos coloquios— la presencia de una importante representación de alumnos del I.N.E.F. y de becarios de la Residencia Blume.

El tema escogido era de por sí tan sugerente y la personalidad de los componentes de la «mesa» tan significativa, que el cuestionario inicial propuesto para discusión fue precedido de una amplia y jugosa divagación sobre el fenómeno olímpico como hecho socio-cultural, el cual como tal, ha sufrido notables influencias por las convulsiones políticas de nuestro siglo, los constantes cambios sociales y por innumerables factores que han condicionado la propia evolución del deporte en nuestros días (técnicos, sociológicos, económicos, etc.).

Para una mayor fluidez expositiva y una más adecuada discusión, se propuso por el moderador el desarrollo del tema fijando unos apartados genéricos:

— Enjuiciamiento crítico de las Olimpiadas como realidad sociológica.

— Criterios básicos de participación olímpica.

— Condicionamientos de selección para unos Juegos Olímpicos.

Abrió el turno de preguntas y respuestas EDUARDO DUALDE —participante en varias Olimpiadas y medalla de bronce en Roma en la especialidad de hockey— quien aseguró que para todo deportista la participación olímpica era la más ansiada y brillante meta a la que podía aspirarse, constituyendo el mejor premio para todos los sacrificios que a nivel individual pudieran haberse realizado hasta llegar a ella.

Para SANTIAGO GARCIA —como cronista de la sociedad de su tiempo y en cierto modo portavoz de la opinión pública— la imagen que las Olimpiadas pueden ofrecer es doble: De una parte derivada de su valor simbólico como sublimación del deporte en sus distintas modalidades, y de otra de su valor real condicionado por el resultado conseguido por las diferentes representaciones nacionales ante una opinión pública especialmente sensible al éxito y poco informada en lo que en esencia representan unos Juegos Olímpicos.

Entendía FERNANDO RIBA —directivo de club profesional y antes activo colaborador en una de las más brillantes etapas del municipio barcelonés en materia deportiva— que pese a todas las manipulaciones que puedan haber sufrido las Olimpiadas en el curso del tiempo, su natural gigantismo y el triunfalismo desmesurado en muchas ocasiones, la ideología olímpica es todavía vigente, y lo será aún más en el futuro.

Los valores positivos y negativos más destacables en los Juegos Olímpicos fueron resumidos respectivamente por JAN FREESE —forjador en su día de las más brillantes figuras

de la natación nacional— y el doctor JOSE A. MERINO —vice-presidente de la Comisión Médica de la F.I.N.A.—. Para el primero, lo más positivo de una Olimpiada es su carácter universalista, su máxima expresión técnica y el impacto que la belleza de la práctica deportiva pueda suponer en las nuevas generaciones. Para el segundo, lo más negativo, la politización excesiva, el triunfalismo desmesurado y la paulatina pérdida de los auténticos valores deportivos que en los sucesivos Juegos Olímpicos van aflorando cada vez con más fuerza.

Pese a todos los errores y defectos que las Olimpiadas puedan poner de manifiesto, tanto los componentes de la Mesa como en gran mayoría los asistentes al coloquio, se muestran decididos partidarios de su continuidad, entendiendo que no pueden ser nunca sustituidos por unos Campeonatos Mundiales de las diferentes disciplinas, ya que éstos y aquéllas son manifestaciones deportivas totalmente diversas aunque perfectamente compatibles.

Una vez juzgado el hecho olímpico, aunque suscintamente, de forma un tanto genérica y abstracta, el coloquio derivó hacia el análisis objetivo del futuro inmediato tanto en relación con el marco de la próxima Olimpiada —la ciudad canadiense de Montreal— como a los criterios de participación y selección que, teóricamente debieran presidir la representación de nuestro país.

Inicia el turno de preguntas y respuestas a este respecto. SANTIAGO GARCIA, el cual hace una breve, pero documentada, exposición de los problemas de todo tipo que han presidido la realización de las obras de infraestructura de la futura sede olímpica. Pese a ello, cree razonable y positiva la política seguida hasta ahora por el C.O.I. de llevar el espectáculo olímpico a distintos continentes, sean cuales sean las dificultades que puedan encontrar para su mejor realización, por cuanto supone de extensión y propaganda de la propia manifestación olímpica. De otra parte entiende que quizás uno de los graves errores cometidos por Canadá fue entender que la responsabilidad organizativa de los Juegos era incumbencia exclusiva de la ciudad designada como sede oficial, cuando la realidad es que actualmente debe entenderse dicha responsabilidad como extensiva a todo el país al que le ha cabido el honor de albergar en una de sus ciudades a los Juegos Olímpicos.

Interviene posteriormente FERNANDO RIBA haciendo hincapié en que, pese a que en principio la organización de una Olimpiada pudiera suponer la convergencia de toda una serie de esfuerzos económicos y de realizaciones urbanísticas o de infraestructura deportiva en una

sola ciudad, con el esfuerzo colectivo de todo un país, éste en realidad se beneficia en la misma medida, aunque sea indirectamente, como lo demuestran los ejemplos fehacientes de las distintas Olimpiadas celebradas últimamente.

Tenemos pues un marco para los próximos Juegos, la ciudad canadiense de Montreal y a nuestro país dispuesto a participar en ellos. El ex-olímpico DUALDE cree obligada dicha participación y ninguna motivación ajena al deporte debe interferir jamás en la exclusión de un país, o de unos atletas, de su intervención en los Juegos Olímpicos.

JAN FREESE entiende como muy positivas las experiencias técnicas que se desprenden de la participación olímpica, aunque piensa que quizás no es eso lo que se persigue a nivel de organismos directivos.

No cree SANTIAGO GARCIA que en general los Juegos Olímpicos den siempre una medida o «baremo» de la realidad deportiva de un país. Aunque evidentemente las grandes potencias en deporte sí reflejan en cierto modo, a través de su «exposición olímpica» la calidad del mismo en sus respectivos países, no es aplicable la misma consideración a todos los demás, que son mayoría.

Por descontado, según el doctor MERINO, que en España el nivel deportivo de «élite» no sólo no refleja la realidad deportiva del país, sino que ni tan siquiera nos lo merecemos.

De una u otra forma, los Juegos Olímpicos representan la convocatoria más importante para cualquier deportista, son —como diría uno de los asistentes al coloquio— la «gran fiesta de la juventud deportiva que nada ni nadie tiene derecho a manipular por personales conveniencias políticas, económicas, etc.».

Se inclina FERNANDO RIBA por una generosa cantidad en el número de participantes olímpicos, aunque esto no sea óbice para la exigencia de una calidad cierta entre los mismos.

Los puntos cardinales para una más justa selección los resume SANTIAGO GARCIA en dos grandes y genéricos criterios de base: La calidad técnica constatada por los oportunos «tests» de selección y sobre todo los valores morales de los llamados a la selección, para que ésta suponga la justa recompensa a una conducta ejemplar en todos los órdenes.

Entre los asistentes, algunos de ellos deportistas en activo, se suscita la duda sobre la capacidad de enjuiciamiento de los llamados a valorar los méritos de los posibles seleccionados olímpicos, pues en gran parte de casos viven muy de lejos la realidad del sacrificio y entrega que supone para los deportistas el ganarse una plaza olímpica.

Pese a la buena disposición que pudiera pre-

sumirse en los organismos rectores del deporte nacional en relación a una generosa participación olímpica, existen evidentemente unos imponderables limitativos en el número de posibles participantes. De una parte, la criba impuesta por los torneos pre-olímpicos de clasificación para los deportes de conjunto y la fijación de unas marcas mínimas para el deporte individual.

Con respecto al primer punto el doctor MERINO señala que si bien la clasificación pre-olímpica supone la injusta exclusión de equipos que indudablemente merecían estar presentes en la ronda final de los Juegos, de otra se abre la oportunidad a otras naciones, quizás con menor calidad entre sus participantes para estar presentes en la cumbre olímpica.

En relación al segundo punto, E. DUALDE —imparcial en el tema pues su participación olímpica ha estado vinculada siempre a un deporte de conjunto— estima tremendamente lesiva para los intereses del deportista la política seguida en nuestro país en relación a las «marcas mínimas» que en general provoca una perjudicial tensión anímica mantenida durante toda la temporada, obligando al interesado a una irracional planificación del entrenamiento y «agostando» prematuramente sus posibilidades de cara a la confrontación olímpica si es que consigue llegar a ella.

De otra parte, parece que la temporada pre-olímpica deba constituir para el deporte nacional en su conjunto, un largo paréntesis en el que todas las energías (técnicas y económicas) del país, deban confluír en la preparación para la Olimpiada del deporte de élite. Para JAN FREESE este supuesto es absurdo, por cuanto si la competición olímpica debe pretender ser exponente de una realidad deportiva del país, aquélla jamás debe interferir en el normal desarrollo de un calendario de actividades de toda una masa de deportistas, lo contrario sería totalmente injusto.

Se discute a continuación cuales son los deportes en que España debiera acudir a la cita olímpica, y la opinión general es de que lógicamente si antes se ha hablado de generosidad en cuanto al número de participantes, ésta comporta de inmediato una generosa participación en el número de deportes. Solamente entre los componentes de la mesa y asistentes al coloquio, con plena unanimidad, una excepción: El fútbol español ni debe ni puede estar en Montreal.

Exhaustivamente debatido el tema de los principales protagonistas del hecho deportivo, se pasa a enjuiciar el número y la función de los miembros no deportistas que deban figurar en la expedición olímpica.

Para FERNANDO RIBA la lista ideal debería venir fundamentalmente justificada en las funciones concretas que corresponden a dichos miembros dentro de la expedición:

- 1.º Personal directivo responsable de la organización interna del seleccionado olímpico.
- 2.º Delegados federativos en cada uno de los deportes que participan en los Juegos.
- 3.º Técnicos deportivos en cada una de las disciplinas.
- 4.º Servicio médico. En lo que respecta al número de ellos entiende que el fijado habitualmente por la organización olímpica le parece correcto y suficiente.

En relación al personal directivo y delegados federativos, entiende E. DUALDE que la responsabilidad que les viene encomendada exige una pulcra y meditada selección de los mismos, que aporte a la expedición hombres entregados por entero y a plena dedicación a las exigencias de la misma y no meras figuras decorativas o espectadores de excepción.

Para J. FREESE, y pese a la limitación de técnicos en la composición de la expedición impuesta por la organización olímpica, la Delegación Nacional de Deportes debiera prever la posibilidad de que algunos técnicos cualificados, incluso en deportes en los que no se participe, pudieran estar presentes en los Juegos, por la inestimable fuente de información técnica que de los mismos puede extraerse.

El doctor MERINO cree obligada, por descontado, la presencia de un equipo médico, no para la solución de problemas importantes, que éstos son resueltos plena y satisfactoriamente por los servicios sanitarios de la organización, sino para resolver los muchos y pequeños problemas que se presentan a lo largo de una competición intensa y dura como es la Olímpica, y sobre todo para crear un clima de tranquilidad entre los propios expedicionarios al saber que tienen un médico propio a su servicio. En cuanto al número, considera que un internista y un traumatólogo, junto con un par de A.T.S. con conocimientos y aptitud para la quinesoterapia, son más que suficientes.

Venía obligada otra pregunta, ésta en relación con los redactores deportivos, como posibles acompañantes dentro de la expedición olímpica. Para SANTIAGO GARCIA, lo ideal es que el periodista acuda a las Olimpiadas como enviado por su respectiva empresa, y no como invitado por la Delegación Nacional, aunque pone de manifiesto que jamás que él sepa —y disfruta de una larga experiencia personal— el periodista se ha visto coartado en manifestar su personal criterio, pese a acudir como invitado a los Juegos.

Con respecto a cuándo y cómo debe iniciarse la preparación olímpica, así como en qué

momento deben incorporarse a sus funciones responsables los directivos y técnicos, existe también una identidad de criterios.

EDUARDO DUALDE acentúa la necesidad de imbuir en el ánimo de deportistas y responsables de la organización deportiva, que la preparación olímpica se inicia apenas se apaga la llama de la anterior Olimpiada.

La totalidad de componentes de la mesa consideran que los técnicos, directivos y médicos expedicionarios deben ser nombrados y de al-

guna forma seguir directamente la preparación de los deportistas, al menos un año antes de la celebración de los Juegos.

Finalmente, y tras un animado coloquio sobre los últimos puntos tratados, SANTIAGO GARCIA hizo una brillante y muy convincente defensa de la problemática olímpica en su aspecto económico, como justificación hacia una hipotética audiencia de contribuyentes y ante una realidad poco propicia a grandes esperanzas de éxitos deportivos.